

VI

Las Razas y la Historia, por Eugenio Pittard

DE la “Biblioteca de Síntesis Histórica, la Evolución de la Humanidad”, dirigida por Henry Berr, forma parte la obra titulada *Las Razas y la Historia*, del profesor Eugenio Pittard, de la Universidad de Ginebra, cuya traducción al castellano por los profesores de la Universidad de Barcelona señores Aranzadi y del Castillo, se presenta a informe de esta Academia.

La influencia de las razas en la Historia es, en verdad, un problema interesante y tentador que no podía por menos de atraer la atención de antropólogos e historiadores. Se pregunta Pittard si no parece que la raza por sí sola, sin la ayuda de ningún otro factor, habría determinado la Historia, y si no será posible establecer una relación de causa a efecto entre la raza o ciertas razas y la Historia. Pero al buscar respuesta se encuentra de lleno “en la maraña espesa de la Antropología aplicada, en la que —dice— apenas han sido trazados algunos tímidos senderos”, y afirma que sólo ha querido “separar algunas ramas para dejar pasar un poco de luz”.

En efecto, en el estado actual de los estudios antropológicos no es posible encontrar una relación entre las razas y la Historia. Es más, se llega a conclusiones negativas y a resultados desconcertantes. Si se parte, como en la presente obra, del concepto puramente antropológico —pudiéramos decir zoológico— de raza, tal y como la define Boule, la cual representa una agrupación esencialmente natural, que no tiene nada de común

con el pueblo, nacionalidad, idioma, costumbres, que representan agrupaciones puramente artificiales, en las que se encuentran generalmente diversidad de razas; y precisamente los pueblos, las nacionalidades, con sus idiomas, costumbres y caracteres varios, y su mezcla de razas, son los actores de la Historia, con lo cual la raza en sí deja de tener el carácter de factor predominante.

Fundándose en esto, sale el autor al paso de los imperialismos basados en la superioridad de raza, los cuales carecen precisamente de su fundamento, unidad de raza; y afirma que, en este sentido, la labor de la Antropología es pacificadora, oponiendo la verdad a los errores explotados por políticos e intelectuales con fines imperialistas.

De todos modos, no deja de tener grandísimo interés el estudio de las razas a través de las épocas históricas y su repartición en los pueblos actuales. Y a esta tarea dedica Pittard su obra, que es una obra de divulgación y compilación, un bosquejo, dice él, en el que sólo se exponen hechos y se deducen pocas consecuencias.

Empieza su estudio en la época prehistórica, y toma posición en el magno problema de la época de aparición del hombre sobre la tierra, declarándose partidario de su existencia al final del terciario, durante el período plioceno, cuando menos, fundándose en los sílex tallados descubiertos por Red Moir en el terciario de Ipswich (Inglaterra), aceptados por numerosos prehistoriadores.

A esta parte de prehistoria sigue un estudio etnológico de varios pueblos, que ha elegido entre los países que tienen larga historia o una significación etnológica especial: estudio sumamente interesante en el que se relaciona a los pobladores prehistóricos del país con sus actuales habitantes, teniendo en cuenta también las contingencias que han podido producir aportaciones de nuevos elementos raciales; y se consideran las razas actuales y su distribución basándose en los caracteres somáticos principales: índice cefálico, talla, color del pelo y ojos.

Y como terminación y resumen se hacen nuevas consideraciones acerca de la imposibilidad de afirmar ni negar una relación

entre la raza y la Historia. Aquí, como al principio de la obra, Pittard muestra su escepticismo en cuanto a los resultados actualmente logrados por los estudios antropológicos; pero es optimista en cuanto al porvenir, y declara que su más vivo deseo es que su trabajo contribuya a despertar o a dar impulso al interés por las investigaciones antropológicas.

No cabe duda de que este deseo se logre, toda vez que la obra, interesante por el tema y por su contenido, es a la vez grata por su forma, constituyendo un acierto de indudable valor al reunir, con una orientación acertada, materiales dispersos y al puntualizar, con gran probidad científica, el verdadero estado de varias cuestiones históricas torcidamente interpretadas por muchos historiadores. Avalora la obra una nutrida bibliografía. Y en conjunto llena perfectamente el papel de "Introducción etnográfica a la Historia," que se le había asignado en la síntesis histórica de "la Evolución de la Humanidad".

Y en cuanto a la traducción, sólo cumple decir que es tan justa y acertada como prometía el nombre de sus autores, por todo lo cual la obra debe ser considerada de mérito relevante.

MANUEL ANTÓN.

Aprobado en sesión de 28 de octubre de 1927.